



IDA Y VUELTA¹

Roxana Pinto

Muchos años atrás, su imagen repentina, dibujada en el vano de la puerta, me llevó a sentir que estaba ante un arcoíris caído del cielo. Cuando el resplandor del sol dejó de distorsionarme la vista, alcancé a verlo en más detalle. Era un hombre de unos treinta años, delgado, no muy alto, con ojos más negros que el carbón y mirada en llamas. Sus manos, sensiblemente expertas, al moverse parecían palpar una suerte de geografía corporal invisible. Vestía una gabacha que exhibía toda una gama de colores.

Dijo llamarse Luis. Era el Maestro mexicano, que la Académie des Beaux Arts había invitado para iniciarnos en los secretos del arte mural. En un aula donde sólo se hablaba francés ya desde el principio fuimos cómplices en el goce carnal de hablar la misma lengua. Sus dichos me producían un efecto similar al que me daba de niña, cuando mi padre me hacía cosquillas.

Pocas semanas después, una tarde imborrable de septiembre, el Maestro me invitó a tomar un café. El cielo lucía como un óleo de Alfred Sisley, de una tonalidad azul uniforme y algunas nubes revoltosas besando el horizonte. El pelo me caía suelto sobre la espalda, y el jugueteo del viento me lo agitaba. Rodeamos la Academia, conversando, y seguimos varias cuadras hasta llegar a un café muy

animado. Sin darnos cuenta, nuestras manos se estrecharon y ¡zaas!, el volcán hizo temblar la tierra y arrojó lava.

Luis fue el primer hombre en París con el que compartí el oxígeno boca a boca de una lengua en común. Desmenuzamos juntos un puñado de palabras que definían nuestra identidad de extranjeros en esos momentos: exilio, añoranzas, discriminación, soledad, aversiones y preferencias gastronómicas. Aprendimos a apreciar el buen vino, el queso roquefort con venas azules, los chèvres blandos y maduros en forma de pirámide trunca, y el gruyère francés con agujeros como cuencas de ojos. Degustamos los soufflés, los bavarois, el quiche Lorraine, las sopas frías como la vichyssoise, y los escargots, aunque al inicio me causaba repugnancia comer esos caracoles que de niña yo veía tanto en el jardín.

A partir de entonces, el proyecto de aprender a pintar murales se desdobló en encuentros clandestinos con el Maestro. Los meses durante los cuales el azar nos unió fueron un continuo abrirle la puerta al arte, a la aventura y a la imaginación. Prolongábamos el acto amoroso pintando de colores los pliegues que le descubríamos a nuestra desnudez. Las paredes, la cómoda, el armario y el respaldo de la cama estaban cubiertos de pinceladas que celebraban nuestras errancias amorosas.

Ebrios de amor nos fuimos adueñando de los bosques y parques de la ciudad. No olvido el instante en que, una tarde al caer el sol, los reflectores iluminaron la Tour Eiffel, y Luis recordó la metáfora de Maupassant: Una odiosa erección en pleno corazón de la capital. Esa misma noche hablamos de la manía de Chagall, Dufy y Utrillo, por representar esa torre en sus cuadros. Y con gran

¹ La novela *Ida y vuelta*, de Roxana Pinto (Uruk Editores, 2016), está ambientada en San José, Costa Rica, y en París, dos ciudades que aportan a la protagonista experiencias que vuelven su vida cualitativamente distinta. La narración captura el carácter dinámico de la identidad de una mujer escindida entre dos países, dos ciudades, dos lenguas, dos culturas. Gracias al exilio interior y geográfico, la protagonista se identifica con los valores propios del país donde vive, pero al mismo tiempo valora su origen y lo defiende con dignidad y sin complejos de inferioridad. Este fragmento que ahora publicamos corresponde al capítulo 23 de la novela.

libertad de movimiento, saltamos de dos en dos los peldaños que conducen a l'Esplanade du Trocadéro, desde donde se miran en perspectiva los jardines. Arrimados a la pared del Palais de Chaillot nos tomaron la única foto en que aparecemos juntos. Detrás nuestro, sobre el muro, se leía el epígrafe de Paul Valéry:

*Depende de aquel que pase.
Que yo sea tumba o tesoro.
Que hable o me calle.
Eso sólo te concierne a ti.
Amigo, no entres sin deseo.*

Al escribir atrapo al vuelo muchos fragmentos de ese ayer tan lleno de imprevistos. Los ilumino. Los retuerzo en silencio hasta obtener un residuo con una pátina dolorosa de herrumbre. Son vestigios de un color naranja rojizo, de cuando íbamos al Pont des Arts, a mirar el Sena abrirse en dos y abrazar l'Île de la Cité. Nos sentábamos en el suelo de madera a beber tequila, y darnos besos que cortaban la respiración. A veces me molestaba que fumara tanto. Su aliento olía mal. Por largo tiempo me guardé de contar esto y sospecho que el olvido ha hecho trampas a mi memoria. He olvidado mucho y tal vez incluí cosas que nunca sucedieron. Los recuerdos de esos momentos de excitación e intimidad, están ahora tan difuminados por el tiempo como las fotos desteñidas del álbum familiar. Luis es para mí, ahora, como uno de esos personajes que se crean en los libros y que para el lector se convierten, temporalmente, en seres de carne y hueso. Luego llega el momento en que se olvidan, son sustituidos por otros y casi no se vuelve a hablar de ellos.

Con estas pinceladas no está todo dicho, sobre mi relación con Luis. Sin embargo, que yo recuerde, queda poquísimo por decir: tal vez que me sentaba en un pupitre delantero y lo miraba cuando los demás parecían no darse cuenta. Durante las clases el roce fortuito de su mano y la mía me erizaba; sostener un instante su mirada me estremecía, provocándome además la insoportable curiosidad por saber qué me revelaban esos ojos tan negros. Y tal vez agregar que con él colmé, en gran medida, mis ansias de aprender y vacié las ganas de olvidar. O acaso baste con señalar que me convertí en la Alumna aplicada que conocía los secretos eróticos mejor guardados del Maestro.

Un día de junio él se marchó definitivamente a México, al terminar su contrato. No recuerdo si fue un viernes o un

sábado, pero no olvido que el cielo azul tenía unas cuantas nubes blancas, descolgadas como sábanas percutidas de emociones. Con Luis se fue el hijo que una vez quisimos tener; lo que pusimos uno dentro del otro dejó de pertenecernos; y él no estuvo más conmigo en la víspera y en el mañana. Mi hoy era estudiar en l'Académie a pesar de no estar Luis; salir de vez en cuando con Corinne, o caminar sola por París llevando a cuestas la sospecha de que Luis estaba cada vez más lejos. Lloré por su ausencia más veces de las que él llegaría a suponer jamás, pero de muchas maneras me aferraba a mi vida en París sin él. Además de callejear, visitar museos y exposiciones, leía libros de arte, pintaba y luego lavaba los pinceles. Sentada en el pupitre fijaba la vista en el vano de la puerta del aula, con la barbilla apoyada entre las manos y me quedaba así, esperando que la nueva profesora cerrara la puerta y continuara dándonos el taller de Expresionismo Abstracto. Aprender a pintar murales de la mano con Luis fue, para mí, una actividad fascinante. Inspirada en José Clemente Orozco hice mi primer mural al óleo: un vagón del metro convertido, sorpresivamente, en un ring de boxeo sin lona, ni cuerdas. En el ángulo izquierdo, de espaldas al espectador, un joven delgado, de pelo crespo, se enfrentaba con otro que tenía un cuchillazo sangrante en la mejilla y una mueca repulsiva en la boca. El espacio estirado para el combate forzó a los pasajeros a ir de pie, apretujados, en el otro extremo del vagón. Unos veían de reojo el espectáculo reflejado en el cristal de la ventana, creyendo no ser vistos. Otros, con el entrecejo fruncido, miraban directamente cómo se vapuleaban.

Cada vez que paso frente al 14 rue Bonaparte, la sorpresa es que la fachada neoclásica de l'Académie des Beaux-Arts se ve mucho más pequeña que la imagen guardada en mi memoria. Y al cerrar los ojos y evocar a Luis sólo vienen a mi mente aquellas manos, que se ataban en un nudo con las mías y dejaban mi cuerpo en un temblor. ☒

Roxana Pinto. Poeta, novelista y ensayista costarricense. Desde muy joven desarrolló una pasión por la escritura, que más tarde la convenció de abandonar las carreras de psicología, diplomacia y crítica literaria. Sus experiencias de vida la han llevado de trabajar en el Hospital Psiquiátrico a desempeñarse como Embajadora de Costa Rica en Francia del 2005 al 2010, y en forma constante a la escritura. Sus poemas, artículos y narraciones han aparecido en diversos periódicos, revistas y suplementos culturales. Ha publicado los libros *Noticia de silencio* (Premio UNA palabra de poesía, 1996), *Frida Khalo: una experiencia de límites* (ensayo, 2001), *Donde ellas* (novela, 2004), *Ida y vuelta* (novela, 2016). En el 2017 ha recibido la insignia de Oficial de la Legión de Honor como reconocimiento a su labor como diplomática y escritora.

